

RUSIA: UN BALANCE PRELIMINAR

Roberto González Arana.*

En enero pasado se realizó en la Plaza Maniézhnaya de Moscú una manifestación en contra del actual gobierno ruso. Participaron trabajadores, jubilados, demócratas, anarquistas, comunistas y miembros de diferentes tendencias políticas. Los asistentes estaban también a favor de la reunificación del país y el retorno a la formación de la Unión Soviética. Ya en marzo de 1991 estos sectores se habían pronunciado —mediante referéndum— por el mantenimiento de la Unión. Algunos manifestantes portaban retratos de Lenin y Stalin, evocando con ello los años de socialismo en la hoy disociada URSS. Sin embargo, un amplio porcentaje de la población rusa está interesada en olvidar esos años, que para ellos representan décadas de opresión y sufrimiento. Existe al interior de la sociedad rusa un sector radical —comerciantes y empresarios— ansioso de transformaciones encabezado por líderes del partido Rusia Democrática. El alcalde de Moscú —por ejemplo— promete que el camino trazado por el presidente Yeltsin conducirá al país "al civilizado y democrático mundo Occidental". Los promotores del paso al "mundo civilizado" en Rusia, han olvidado añadir a su consigna que el modo de producción capitalista no es precisamente un paradigma de justicia y libertad. El desempleo, la pobreza y las injusticias sociales igualmente se dan en la sociedad capitalista. Es indudable que en este país son indispensables profundas transformaciones, pero es también evidente que en la sociedad capitalista se manifiestan igualmente grandes contradicciones. Aunque los medios de comunicación únicamente exhiban los adelantos y beneficios del capitalismo, esto no altera una realidad por todos ya conocida.

Con la implementación de la liberación de precios se inició el paso definitivo a la economía de mercado. Sobre esto, se coincide con el juicio del filósofo francés Maurice Duverger, quien afirmó que "los soviéticos durante sus años de revolución han desarrollado una ignorancia total de lo que exige el paso a una economía de mercado". En Rusia esto se ve al

analizar la forma caótica como se inició la reforma económica. La liberación de precios se ha llevado a cabo sin una estrategia real de producción.¹ La anarquía en la distribución, el predominio del monopolio estatal, la carencia de políticas de control en contra de la especulación no permiten apreciar un beneficio —a mediano plazo— para la población. A esto se podría agregar la opinión del académico Nikolái Petrakov de que "es obvio que las reformas no fueron preparadas desde el punto de vista metodológico y mucho menos organizativo, lamentablemente semejantes improvisaciones sólo demuestran la incompetencia organizativa y el desprecio al material humano, con el cual se está experimentando."² También es evidente que el ejemplo polaco no es aplicable a la realidad rusa, ya que corresponde a unas condiciones diferentes. No obstante, los reformadores en Rusia hacen omisión de este hecho y siguen empeñados en "el traslado mecánico del esquema de las reformas polacas"³ a su país.

Si bien aún es anticipado realizar un estudio profundo sobre las consecuencias de las recientes medidas del gobierno ruso, no por este motivo resulta menos interesante realizar un balance sobre la administración del presidente Yeltsin. El apoyo a este líder populista, con quien se identifica aún un porcentaje medio de la población, indudablemente ha disminuido considerablemente. Según datos oficiales un 16 por ciento de la población se manifiesta en abierta oposición a su gobierno y está dispuesta a luchar abiertamente en su contra; un 17 por ciento respalda las políticas del presidente y el resto de la población permanece neutral.

Durante su gestión, se ha dado un rápido enriquecimiento de los grupos dedicados al comercio, conformado en parte por la alianza de la antigua burocracia y un sector de la nueva clase política en el poder, que apoya incondicionalmente al Presidente en las ramas que el estado no ha sido capaz de estimular, como la

* Centro de Estudios Sociales de Rusia.

agroalimentación. Simultáneamente, estos mismos sectores se benefician directamente con la actual reforma, ya que les facilita el crecimiento de su poder económico. Por otro lado, según afirmaciones del vicepresidente Egor Gaidar, la inflación en Rusia aumenta a un promedio de 15 por ciento mensual desde el verano de 1991.

Un estudio de la Comunidad Económica Europea concluía, en 1991, que la anteriormente Unión Soviética carecía de "autoridad política fidedigna" que garantizase la "correcta utilización de ayuda financiera." Si se reflexiona sobre la crítica situación económica y política actual en Rusia, es posible afirmar que esta inestabilidad —con relación al año 1991— no se ha reducido ostensiblemente.

EXCESIVA CONCENTRACIÓN DEL PODER

La concesión de poderes complementarios al alcalde de Moscú, decretada por el presidente Yeltsin en diciembre pasado, faculta a éste para administrar y distribuir recursos de la ciudad con excesiva autonomía y falta de control.⁴ Este hecho, consecuencia de la desmedida concentración de poder ejercida por el presidente y sus aliados en el Partido Rusia Democrática, podría conducir al abuso de poder, política que no se diferenciaría notoriamente con la de "orden y mando" realizada por el Partido Comunista durante los años del totalitarismo en la Unión Soviética. Ya en octubre pasado, Sergei Mitrojin escribía sobre la excesiva concentración de poder al interior del Partido Rusia Democrática, mencionando que los líderes del gobierno pertenecientes a otras tendencias políticas debían "excluir su partido de las esferas de influencia de Rusia Democrática para mantener sus posiciones en el poder."⁵ Lo anterior ha originado que diferentes partidos que posibilitaron el triunfo de Yeltsin en las elecciones presidenciales hayan roto la alianza. Ello se ilustra con la separación del demócrata Trafkin del bloque en el poder del Partido Constitucional Democrático. La prohibición de la participación política del Partido Comunista, libera al actual gobierno de un fuerte opositor en el poder. La experiencia histórica muestra cómo la democracia, precisa de la oposición para poder realizarse plenamente.

LOS RETOS DEL GOBIERNO RUSO

Son numerosos los retos a los que se enfrenta la actual administración rusa: su papel al interior de la recién conformada Comunidad de Estados Independientes (CEI); el nuevo rol del ejército y la marina de guerra; las nuevas relaciones entre el Estado y la Iglesia; el control sobre el desmedido aumento del nacionalismo y la superación de la aguda crisis económica, entre otros.

En el aspecto militar, a la CEI, y a Rusia en particular, se le presenta el conflicto de un ejército creado para la defensa de unos ideales socialistas que hoy no tienen vigencia, así como un territorio disgregado. El Estado no está en capacidad de mantener, ni requerirá, de un ejército tan numeroso. La CEI acordó unir sus fuerzas para el mantenimiento de un ejército común, aunque el presidente Yeltsin declaró recientemente que si las demás repúblicas creaban su ejército como lo manifestó Ucrania, Rusia también lo conformaría. A Occidente le preocupa, además de la conservación del control estatal sobre el ejército y los armamentos estratégicos, la posibilidad de una fuga de secretos militares por medio de los científicos y antiguos colaboradores de la industria bélica.



Las nuevas relaciones entre la Iglesia y el Estado forman también parte de los problemas por definir. Mediante el Decreto de los Comisarios del Pueblo (febrero 2 de 1918) se declararon propiedades del pueblo todos los bienes de la iglesia y de organizaciones religiosas. El actual gobierno aún no modifica la vigencia de esta ley; aunque en la práctica la religión

ortodoxa se puede considerar como la religión oficial de Rusia, ya que el estado ha posibilitado la celebración nacional de sus fiestas y la enseñanza de sus principios en las escuelas y universidades del país. El aumento progresivo de su poder es un hecho indiscutible.

Sobre el fenómeno del nacionalismo y la búsqueda de autonomía en algunas regiones del país, se hace necesario –por parte del gobierno ruso– la búsqueda de una solución concertada ante tan intrincado problema. Ello porque existen suficientes hechos recientes como las guerras civiles en Yugoslavia y en Georgia, que muestran las consecuencias de soluciones violentas ante circunstancias semejantes. Al conflicto en Checheno-Ingushetia, y en general del Cáucaso ruso, se añade la búsqueda de autonomía por los rusos alemanes residentes en la región del Volga, y la definición con Ucrania sobre la posesión de la península de Crimea. Este territorio fue cedido por N. Kruschev en 1954 a la República de Ucrania.

LA TRANSICIÓN DIFÍCIL

La transición al sistema capitalista requerirá de un largo y difícil proceso que no beneficiará de igual forma a todos los estratos de la sociedad rusa. El periódico Pravda del 3 de enero pasado publicó una carta de Nektari Fomín, veterano de guerra de 75 años. Su si-

tuación de pobreza revela el drama social de un alto porcentaje de la población que dedicó su vida a la construcción de un sistema en el que creyeron. Y aunque ya no existe como tal, no libera a la actual administración de su responsabilidad moral para con ellos. Es indispensable diseñar un plan de protección social que beneficie a este sector. Estos jubilados viven –según sus propias palabras– "verdaderos tiempos de tragedia."

Simultáneamente con la crisis socioeconómica, en Rusia existe una acentuada crisis de identidad que se manifiesta en el rechazo a los valores de la cultura nacional, adoptando en reemplazo de estos, los valores norteamericanos. Lo *Zapad* (Occidental) y, más aún, lo *made in USA*, ha adquirido una enorme influencia en la juventud y las capas medias de la sociedad, hecho que posibilitan los medios de comunicación. \square

NOTAS

- ¹ Gennadi Lisinichkin escribió en el semanario *Literatura* que "liberación de precios sin una estrategia de producción carece de sentido." Moscú, enero 15, 1992.
- ² Nikolái Petrakov, "De nada sirvió la lección", *Novidades de Moscú*, núm. 3, enero 19, 1992, p. 11.
- ³ *Ibid.*
- ⁴ Gavri Popov, "Tomaremos el correo, el telégrafo y la central de teléfonos", *Novidades de Moscú*, núm. 2, enero 12, 1992, p. 3.
- ⁵ Sergei Mitrojin, *El fenómeno del protopartido*, Siglo XX y Paz, Moscú, 1991, p. 25.

